No lo haré ; las lágrimas causarán mi perdicion si me vencen ; pues me desvian de Dios y me arrancan del lado de sus santos y generosos confesores. »

Su padre intentó entonces hacer el postrer esfuerzo, puso en los brazos de Perpetua su tierno hijo y empezó á llorar mostrándole el resto de su familia. « Oh ! ten piedad de todos nosotros, esclamaba ; conserva tu vida y la nuestra. » Perpetua rechazó á su hijo, y apartó el semblante de su padre y de todos los que podian vencerla y perderla, pronunciando estas palabras santamente animosas, pero terribles : « Retiraos de mí, autores de iniquidad ; no os conozco. ¿ Puedo teneros en mas que á mi Señor que se digna llamarme á la gloria del martirio ? »

No queriendo el anciano padre abandonar á su hija, y esforzándose á hacerla bajar del sitio donde estaba con los demás acusados, fué arrojado del tribunal por órden de Hilarion, y un ugier le dió un golpe con su varilla. Este golpe resonó dolorosamente en el alma de Perpetua, y fué seguramente una de las mas rudas pruebas de su martirio ver á aquel anciano tan cruelmente maltratado. La santa hubiera titubeado á ser posible que titubeara, porque nada le era mas caro despues de Dios que el infortunado en quien veia un padre, al mismo tiempo que se lamentaba de ver un idólatra. La religion no destruye los sentimientos de la naturaleza, sino que los trasforma y los hace mas delicados y fervientes, mas elevados y mas puros. De modo que Perpetua hizo brillar en esta entrevista el imperio que la fe habia adquirido en su corazon, pues resistia por su Dios tan violento impulso de amor filial.

Viendo Hilarion que despues de haber intentado convencer á los confesores era invencible su constancia, lanzó contra ellos la sentencia de muerte. Mandó azotar á Saturo, á Revocato y á Saturnino, y cobarde profanador de la debilidad, hizo abofetear á Felicia y á Perpetua, ocultándose bajo la máscara de la justicia para insultar á unas inocentes mujeres. Condenó á los acusados á morir despedazados por las fieras en los espectáculos que debian darse al ejército en la fiesta del césar Geta, hijo del emperador Severo, y los mártires fueron conducidos á la prision, donde volvieron á entrar con suma alegría. Se les trasladó poco tiempo despues á la cárcel del campo, y mientras esperaban los horribles juegos del circo, les hicieron sufrir diferentes tormentos con un refinamiento de barbarie. Perpetua cuenta que en los dias que precedieron á su suplicio, la pusieron en los cepos con sus compañeros. — Estos cepos (*nervi*) se componian de una pieza de madera con muchos agujeros, mas ó menos distantes, donde aprisionaban los piés de los condenados, segun la magnitud de su cuerpo ó el dolor que querian causarles con una violenta sacudida. Se lee con frecuencia en las Actas de los mártires que estendian los piés del paciente hasta el cuarto y á veces hasta el quinto agujero, en cuya situacion no podia dar ningun paso, mudar de sitio ni sostenerse en pié.

El valor y la virtud de los confesores eran tan extraordinarios que asombraban é interesaban á los mismos paganos. Un soldado llamado Prudente, que era carcelero de la prision, trataba á los condenados con la mayor complacencia y reconocia en su alegría y su firmeza el indicio de un apoyo sobrehumano ; permitia que entrasen á visitarles y socorrerles á cuantas personas se lo pedian, y poco tiempo despues abrazó la fe cristiana.

Pero tan elevada santidad no conseguia siempre tan precioso triunfo. Perpetua veia con dolor que su padre, lejos de renunciar á la idolatría, se mantenia en ella con la mas triste tenacidad, y tuvo que sufrir el último combate del desconsolado anciano el dia próximo al suplicio. En su espantoso dolor, el triste padre se arrancaba la barba, se arrojaba de bruces contra el pavimento, maldecia los últimos años de su vida y repetia sollozando espresiones capaces de despedazar los corazones. Perpetua sintió la mas viva compasion hácia un anciano y padre tan afligido, y especialmente para con un alma tan endurecida en el error ; pero no se desmintió su generosidad cristiana.

Los mártires esperimentaban un gozo inefable cuando veian llegar el dia de su triunfo, pero les abrumaba por otra parte una gran tristeza. Las leyes prohibian dar la muerte á una mujer en cinta, y el martirio de Felicia no podia efectuarse hasta despues de su alumbramiento. Sus compañeros estaban afligidos al pensar que debian separarse en su victoria, despues de haber estado unidos en el combate ; sentian dolorosamente dejarla en el camino, y Felicia temia además que no se confun-

diera su ejecucion con la de los criminales y bandidos, y que pareciese que su sangre no se derramaba por la fe.

Quedaban aun tres dias antes del suplicio ; los mártires se pusieron en fervorosa oracion, y apenas habian terminado, cuando acometieron á la jóven los dolores del parto, á pesar de no hallarse mas que en el octavo mes de su embarazo. Dios, que le abreviaba el tiempo, no le ahorró el sufrimiento ; la pobre esclava lanzaba gritos desgarradores hasta el punto de decirle uno de los soldados que la custodiaban, en medio del asombro que le causaba verla tan acobardada con tan débil prueba : « ¿ Si ahora te quejas de tal modo, qué harás cuando te veas espuesta á las fieras, que hubieras podido evitar sacrificando á los dioses ? » Felicia le respondió con estas hermosas palabras, que esplican con un laconismo tan elocuente el carácter íntimo del martirio padecido por la fe de Jesucristo, y que encierran una de las mas sensibles demostraciones de la divinidad del cristianismo : « Lo que sufro ahora lo sufro por mí, pero entonces sufrirá otro por mí, porque yo sufriré por él. » Dió á luz una niña de quien solo cuidó la caridad ; y como mujer, pagaba de este modo el tributo de dolor á que Eva fué condenada, en tanto que la gracia conseguia ó preparaba su victoria, haciendo que Felicia obtuviese como cristiana por medio de su oracion una libertad prematura y el poderoso ausilio del que salió del vientre de una Vírgen.

Presentaron el dia anterior del combate á los mártires la última comida, que se llamaba la cena libre y se hacia en público ; pues se acostumbraba obsequiar á los que al dia siguiente debian perecer bajo las garras ó dientes de los animales feroces ó la espada del gladiador. La libertad que les concedian al acercarse á su última hora, era mas que compasion una cruel ironía. Los mártires convirtieron el festin destinado á alucinar á los reos vulgares, en un banquete de caridad, á imitacion de los primeros cristianos que vivian bajo la vigilancia misma de Dios y de la Iglesia ; habiendo acudido el pueblo en tropel como á un espectáculo, tuvieron ocasion de recordarle el juicio de Dios, de ensalzar la felicidad de los males padecidos por Jesucristo, y de atraerse el respeto y la curiosidad de los espectadores. « ¿ No os basta el dia de mañana, dijo Saturo, para saciaros de ver á los que aborreceis, siendo hoy sus amigos y mañana sus feroces

perseguidores ? Contemplad al menos nuestros rostros y reconocereis el juicio de Dios. »

Todos retrocedieron confusos al oir estas palabras pronunciadas con notable autoridad, y muchos se convirtieron.

« Brilló por fin el dia de su triunfo, » dice el escritor que continuó el relato de Perpetua ; salieron del calabozo para ir al anfiteatro, como si fueran de la tierra al cielo, con la frente alegre y serena, revestidos de una majestad sobrehumana, y mas bien conmovidos por la alegría que por el temor. Llamaban especialmente la atencion las dos mujeres : Perpetua andaba con paso tranquilo, como una prometida esposa de Jesucristo, el rostro radiante de calma y felicidad, y los ojos bajos para ocultar á los espectadores la vivacidad de sus miradas : Felicia parecia que rebosaba de gozo sintiéndose, tras las fatigas de su alumbramiento, con bastante fuerza y salud para sostener honrosamente el esfuerzo del último combate. Solo tres hombres acompañaban á Perpetua y Felicia, pues Secúndulo habia muerto en la prision ; pero no obstante condujeron su cuerpo al anfiteatro, y lo traspasaron con el hierro que su alma no podia sentir, como si sus perseguidores deseasen herirla al través de un cadáver y castigar una voluntad que se habia burlado de su tiranía. Cuando llegaron á la puerta del circo, quisieron dar á los mártires las insignias reservadas para la ceremonia fúnebre, es decir, á los hombres el traje de sacerdotes de Saturno, que era un manto de escarlata, y á las mujeres las cintas blancas con que se adornaban las sacerdotisas de Ceres ; pero todos se negaron por boca de Perpetua. « Estamos aquí, dijo, porque queremos, y para salvar nuestra libertad; y morimos por no hacer nada que se parezca á lo que nos pedis. Respetad nuestros últimos deseos. » El tribuno reconoció la justicia de esta reclamacion, y entraron los mártires con sus propios trajes.

Cuando llegaron al centro del circo, los hombres amenazaron con el juicio final á los espectadores sedientos de sangre cristiana, y se dirigieron con firmeza al gobernador : « Tú nos hieres, le dijeron, pero Dios te espera. » Tanta constancia exasperó á aquel pueblo, que digno sin duda alguna de ser el criado de los emperadores inmundos que le oprimian la cerviz bajo su ensangrentado cetro, pidió que se azotase, antes de entregarlos á los animales feroces, á aquellos cristianos que se atrevian á tener

razon y á no temblar en su presencia. Despues de sufrir este castigo, en el cual no perdieron su paz y su alegría, porque los hacia semejantes al divino Salvador, fueron espuestos á las fieras. Un leopardo y un oso acometieron á Saturnino y á Revocato; un jabalí arrastró á Saturo, pero sin hacerle mucho daño; un oso que se lanzó en seguida contra el mártir no quiso salir de su jaula; lo hizo un leopardo que le abrió de una dentellada una herida profunda y mortal. La sangre brotó á raudales, lo cual fué un segundo bautismo, como lo atestiguó la muchedumbre sin saber lo que decia, pues viendo á Saturo inundado en su sangre, esclamó con la burla feroz que solo es propia de corazones cobardes y de labios envilecidos: ¡Lavado está y salvado! (*Salvum, lotum! Salvum, lotum!*) — Variedad del famoso grito lanzado por todo el pueblo al ver herido de muerte á un gladiador. El pueblo romano obedecia á idiotas como Claudio, á locos como Heliogábalo y Calígula, á hombres cuyo recuerdo va unido á todos los crímenes imaginables, pero en cambio tenia serenidad y valor delante de los moribundos.

Saturo pudo aun dar algunos pasos, y fué á exhalar el último suspiro en el sitio donde se degollaba á los que no habian acabado de matar los dientes de las fieras. De este modo consiguió la dicha de ser el primero en llegar al estremo radiante de la escala que habia visto en sueños santo Perpetua.

Desnudaron á Perpetua y á Felicia para rodearlas con redes y abandonarlas de esta suerte al capricho y encono de una boca furiosa; brotó una esclamacion de horror y compasion de aquella muchedumbre, compuesta de hombres y mujeres, entre las cuales habia madres y hermanas, al ver á las dos mártires á la una tan débil y delicada, y la otra convaleciente; y retirándolas momentáneamente para cubrirles el cuerpo con un manto, las entregaron despues al furor del animal salvaje que debia darles la muerte. Perpetua fué la primera que, siendo acometida, cayó sobre la arena, pero se incorporó con calma, recogió púdicamente el manto despedazado y se arregló sus cabellos esparcidos para no aparecer de luto en medio de un triunfo tan brillante. Llena Felicia de alegría é interiormente fortificada por aquel de quien habia esperado ausilio, recibió con rostro alborozado y firme el ataque y las heridas, que la dejaron anonadada y tendida en el suelo; pero levantándola Perpetua tendiéndole la mano, ambas se sostuvieron en pié mutuamente y esperaron una nueva prueba. El pueblo no quiso que fuesen espuestas segunda vez al furor de las fieras, y las condujeron á la puerta del *Spoliarium*, donde los *confectores* debian darles la muerte, lo mismo que á los demás mártires. Un capricho de la multitud exigió que las volvieran á presentar en el anfiteatro, para saborear el placer de verlas morir y participar con refinamiento de crueldad del homicidio. Las santas mártires se dieron un ósculo de paz, como un supremo adios sobre la tierra y una prenda de reunion en el cielo, y se dirigieron sin apoyo al sitio donde las esperaba la muerte.

Todos espiraron sin espanto y sin queja bajo la cuchilla del verdugo; solo Perpetua lanzó un grito, porque cayó bajo la mano de un ejecutor inesperto que la hirió en el hueso, y pudo antes de salir de la vida estender hácia él uno de sus brazos.

El aniversario de este glorioso martirio se celebra en Occidente el dia 7 de marzo y en Oriente el 2 de febrero. Antiguamente el Africa entera se ponia en movimiento para honrar en su festividad á las nobles santas Felicia y Perpetua. Tertuliano y san Agustin celebraron su memoria, que llegó á ser tan grande en la Iglesia latina, que la Inglaterra al alterar su liturgia, ha respetado sus nombres. Existian aun las cenizas de estas santas en el siglo V en la iglesia principal de Cartago, y posteriormente fueron trasladadas á Roma, de donde han sacado varios fragmentos algunas diócesis de la cristiandad.

Ed. Dubufe Pinx.t — Imp.r par Chardon aîné et fils, r. Hautefeuille, 30, Paris. — A. Blanchard Sculp.

SANTA MARIA DE EGIPTO

PENITENTE.

[illegible] los siglos en medio del dolor desde que [illegible] primer padre sucumbió en la lucha que deci[illegible] el destino de su raza, y no abandonó el dolor el [illegible]erpo ni el alma del hombre. El dolor abre al niño las [illegible]rtas de la vida, para abrumarle en seguida con el [illegible] empujarle hácia la muerte con el corazon despeda[illegible]oridos y cansados, al través de algunos momentos [illegible] y huyen, y en medio de largas angustias que [illegible] días de su vida. El dolor, difícil de sufrir, y [illegible] difícil aun de evitar, es un misterio estraño [illegible] doctrina ni esfuerzo han podido [illegible]. Todos reconocemos con lágrimas, [illegible] absoluto y constante del dolor, un [illegible] y se llama generalmente la ma[illegible] el sufrimiento como una cosa grande [illegible] al que sabe morir con heroismo